

# ¿Con qué autoridad?

## (Marcos 11.27—12.27)

### Joe Schubert

Jesús fue un polemista. Los evangelios lo representan continuamente debatiendo uno u otro tema con los dirigentes del judaísmo. En la última visita que el Señor hizo a Jerusalén durante aquella culminante y mortal semana de Su vida, Él confrontó a las diferentes autoridades de la zona: La autoridad de las religiones falsas, la autoridad del estado, la autoridad del razonamiento humano. En cada una de estas confrontaciones, Jesús le hizo frente al tema central de todos los tiempos, a la interrogante fundamental de la vida de toda persona: ¿Quién tiene la autoridad suprema para el gobierno de la vida? ¿A quién deben obedecer los hombres? ¿Honramos la autoridad de los hombres o la autoridad de Dios? Todo debate sobre religión gira en torno a estos temas centrales. Las anteriores son las interrogantes que afloran en cualquier conversación acerca de Dios, de Cristo, de la Biblia o de la otra vida.

#### I. LA AUTORIDAD DIVINA (11.27—12.12)

Jesús acababa de purificar el templo por segunda vez. Había echado fuera a los cambistas, abierto las jaulas de las palomas y de los bueyes, y declarado que la casa de Su Padre casa de oración sería, y no una cueva de ladrones. Marcos recoge la reacción que siguió:

Volvieron entonces a Jerusalén; y andando él por el templo, vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos, y le dijeron: ¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te dio autoridad para hacer estas cosas? (vers.<sup>os</sup> 27–28).

La manera terminante y severa como hablaron se pudo haber percibido fácilmente. La cosa se había puesto caliente. No más juegos ni diversión. Las cartas estaban sobre la mesa. Ellos lo sabían y Cristo lo sabía. Ellos, por lo tanto, se le

acercaron haciendo la más trascendental de todas las preguntas: «¿Quién te dio autoridad para hacer estas cosas?». Esta es la pregunta que subyace a todo comportamiento humano. Cuando uno reduce un tema a su mínimo esencial, le queda el tema de la autoridad en la vida. ¿Por qué se comporta una persona de la manera como se comporta? ¿Cómo justifica lo que dice y lo que hace? No hay hombre que alguna vez sea su propia autoridad. Todos nos referimos a otro ente que no somos nosotros —a algo que nos impulsa, algo que gobierna nuestras decisiones y acciones. La pregunta de la autoridad tiene que ver con lo que es absolutamente básico y fundamental para todo comportamiento humano.

Este grupo que vino a Cristo con esta pregunta no era un grupo de segunda fila. Era un grupo imponente del que formaban parte Caifás, el sumo sacerdote, Anás, su suegro, los maestros de la ley, los ancianos, que estaban oficialmente nombrados para servir en el concilio, es decir, el cuerpo gobernante de la nación. En esencia, fueron los jefes de estado judíos los que vinieron a Cristo con esta pregunta. Esperaban poner a Cristo en un dilema. Si decía que estaba actuando bajo Su propia autoridad lo arrestarían por megalómano para que no siguiera haciendo daño. Si decía que actuaba por la autoridad de Dios lo arrestarían por el obvio cargo de blasfemia, aduciendo que Dios jamás le daría a hombre alguno autoridad para provocar disturbios en los patios de Su propio templo.

Jesús vio claramente el dilema en que lo estaban tratando de poner. En Su respuesta, más bien fue Él quien los puso *a ellos* en un dilema aún peor. Les contestó: «Os haré yo también una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme» (vers.<sup>os</sup> 29–30). Note cuánto simplificó el tema, quitándole todo lo

secundario. Toda autoridad es de Dios o de los hombres. No existe ninguna otra autoridad.

Según se desprende de la respuesta que dieron, ellos sabían que estaban en un dilema. Esto es lo que dice Marcos 11.31–33:

Entonces ellos discutían entre sí, diciendo: Si decimos, del cielo, dirá: ¿Por qué, pues, no le creísteis? ¿Y si decimos, de los hombres...? Pero temían al pueblo, pues todos tenían a Juan como un verdadero profeta. Así que, respondiendo, dijeron a Jesús: No sabemos. Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Estos hombres sabían que, dijeran lo que dijeran, estaban atrapados. Si decían: «El bautismo de Juan era de Dios», el Señor diría: «¿Por qué, pues, no lo recibieron?». Si decían: «Era de los hombres», sabían que tal respuesta no hubiera agradado a la multitud que los rodeaba, y es probable que ésta hubiera dado comienzo a un disturbio. En lugar de las anteriores respuestas, dijeron: «No sabemos». Jesús les dijo: «Bien, no les responderé». Pero no los dejó con esa idea. Pasó a exponer la falta de sinceridad de ellos. Por medio de su respuesta revelaron que no les importaba si el bautismo de Juan era de Dios o no. No les interesaba esa verdad. No estaban dispuestos a responder esa pregunta. Lo único que les importaba era satisfacer sus propios intereses.

El Señor buscó la manera de que todos los presentes se dieran cuenta de lo anterior, y lo hizo por medio de un relato. Anunció la caída final de la totalidad de la nación judía y de sus dirigentes. Así se lee en el versículo con que comienza Marcos 12: «Entonces comenzó Jesús a decirles por parábolas: Un hombre plantó una viña, la cercó de vallado, cavó un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos». Los escribas, los fariseos y los principales sacerdotes reconocerían de inmediato ese relato. Jesús estaba tomando prestadas casi exactamente las mismas palabras de Isaías 5, donde a la nación de Israel se le describe como una viña. Dios había cavado un lagar y construido una torre para proteger Su viña, y había venido a buscar el fruto. Estos dirigentes judíos habrían reconocido en seguida este relato acerca de ellos.

Cristo continuó y dijo:

Y a su tiempo envié un siervo a los labradores, para que recibiese de éstos del fruto de la viña. Mas ellos, tomándole, le golpearon, y le enviaron con las manos vacías. Volvió a enviarles otro siervo; pero apedreándole, le hirieron en la cabeza, y también le enviaron

afrentado. Volvió a enviar otro, y a éste mataron; y a otros muchos, golpeando a unos y matando a otros. Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envié también a ellos, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas aquellos labradores dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña (vers.<sup>os</sup> 2–8).

Sólo imagínese la valentía y el atrevimiento del Señor, que, de esta manera velada, aunque muy clara, les lanzó esta parábola a su propia cara. Les estaba describiendo lo que eran y lo que estaban haciendo. De un modo indirecto, les estaba respondiendo la pregunta: «¿Con qué autoridad haces estas cosas?». Les dijo: «Esta es mi autoridad: Yo soy el dueño de la viña. Soy el heredero legítimo de ella. Soy el Hijo amado a quien el Padre envió. Ustedes mataron a los profetas, apedrearon y golpearon a los que vinieron de parte de Dios, ahora el Hijo está aquí». Les dijo lo que iban a hacer. Lo azotarían, lo matarían y lo echarían fuera de la viña. Jesús no estaba engañado en cuanto a lo que le iba a suceder a Él.

Después anunció lo que al final sucedería. Dijo que Dios tendría la última palabra. Les preguntó en el versículo 9: «¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros». Ningún escriba o fariseo que oyera esta parábola se habría quedado sin entender el punto de lo que estaba diciendo Jesús: El último capítulo de este relato será escrito por Dios. Dios desechará a los judíos y les dará los privilegios a los gentiles. Continuando en los versículos 10 al 12, Jesús preguntó:

¿Ni aun esta escritura habéis leído:  
La piedra que desecharon los edificadores  
Ha venido a ser cabeza del ángulo;  
El Señor ha hecho esto,  
Y es cosa maravillosa a nuestros ojos?  
Y procuraban prenderle, porque entendían que decía contra ellos aquella parábola; pero temían a la multitud, y dejándole, se fueron.

La de ellos era una autoridad religiosa falsa que se atrevía a dictar y a usurpar un poder que jamás fue legítimamente de ellos. Jesús dio a entender muy claramente la anterior verdad. Pero agregó: «Esto no se queda así». Cuando la autoridad humana se comporta de esa manera, uno puede contar con que Dios todavía va a hacer algo.

Lo que Jesús dijo llegó a suceder en realidad. El día de la resurrección, Aquel que los edificadores desecharon se convirtió en el fundamento del edificio. Cuando el Señor resucitado se puso en medio de los discípulos, Él les dijo: «Toda potestad

me es dada en el cielo y en la tierra». Cuarenta años después, el ejército romano rodeó la ciudad de Jerusalén y la tomó. Los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos fueron sacados en cadenas para ser dispersados por todas las naciones.

Lo anterior encierra una lección para todos nosotros. El mensaje es que la autoridad del hombre siempre está limitada, y que nunca se puede igualar con la soberanía y la autoridad de Dios en los asuntos de los hombres. Las religiones falsas serán todas derribadas al final.

## II. LA AUTORIDAD DEL ESTADO (12.13–17)

La segunda confrontación que Cristo tuvo giró en torno a otra forma de autoridad humana: la autoridad del estado. En Marcos 12.13–14 leemos:

Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra. Viniendo ellos, le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos? (vers.<sup>os</sup> 13–14).

Este segundo grupo estaba formado por dos facciones que se odiaban a muerte: los fariseos y los herodianos. Eran enemigos políticos que se unieron por el único motivo de que los dos estaban enfrentados a la amenaza que Cristo les significaba a sus intereses personales. Se acercaron muy sutilmente. Comenzaron con la adulación. Dijeron: «Sabemos que eres un hombre íntegro, y que no te dejas influenciar por los hombres, porque no te importa quiénes sean. Tú enseñas el camino de Dios con verdad». Vinieron a Cristo con una pregunta que traían preparada toda de antemano: «¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos?».

Debieron de haber creído que tenían a Cristo ensartado en los cuernos de un ineludible dilema. Si decía que era lícito pagar tributo a César, entonces su influencia en el pueblo se habría esfumado para siempre, y habría sido considerado un traidor y un cobarde. Si decía que no era lícito pagarle tributo a César, entonces lo pondrían a la orden de los romanos, y lo arrestarían por insurrecto. Debieron de haber estado bastante seguros de que tenían a Jesús en una trampa de la cual no había escape. Pero continúa diciendo el relato:

Mas él, percibiendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea. Ellos se la trajeron; y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Ellos

le dijeron: De César. Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaron de él (vers.<sup>os</sup> 15–17).

La moneda tenía la imagen de César en ella, y pertenecía, por lo tanto, a César. El hombre tiene la imagen de Dios en él, y pertenece, por lo tanto, a Dios.

La Biblia enseña que el gobierno civil es establecido por Dios. Pablo escribió en Romanos 13.1: «Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas». Pedro agrega en 1<sup>era</sup> Pedro 2.13–14: «Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien». Los cristianos han de estar sujetos a los gobernantes civiles sean éstos buenos o malos. El rey al cual Pedro se refería no era otro más que Nerón, un miserable e inmoral degenerado. Sin embargo, Pedro mandó sumisión al rey. Si bien es cierto que el gobierno civil es establecido por Dios, también es cierto que el gobierno civil sólo ejerce un dominio limitado sobre las vidas de los hombres y las mujeres. Tiene cierta autoridad sobre nuestros cuerpos y nuestra conducta, pero hay un aspecto de la vida sobre el cual los gobernantes civiles no ejercen dominio y ese es el espíritu humano. El estado no puede legislar a quién adoramos, quién gobierna nuestra conciencia ni quién constituye la máxima autoridad en nuestras vidas. Hemos de dar a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. Hay ciertas cosas que con todo derecho le pertenecen a César, pero los asuntos trascendentales de la vida le pertenecen únicamente a Dios.

## III. LA AUTORIDAD HUMANA (12.18–27)

En tercer lugar, Cristo confrontó aún otra forma de autoridad, la autoridad que llamamos racionalismo o razón humana, la autoridad o el poder del pensamiento de los hombres. Esta se encuentra en gran manera con nosotros aún en estos tiempos. En Marcos 12.18–23 leemos:

Entonces vinieron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaron, diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muere y dejare esposa, pero no dejare hijos, que su hermano se case con ella, y levante descendencia a su hermano. Hubo siete hermanos; el primero tomó esposa, y murió sin dejar descendencia. Y el segundo se casó con ella, y murió, y tampoco

dejó descendencia; y el tercero, de la misma manera. Y así los siete, y no dejaron descendencia; y después de todos murió también la mujer. En la resurrección, pues, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será ella mujer, ya que los siete la tuvieron por mujer?

Este es el único episodio del relato de Marcos en el cual aparecen los saduceos. La aparición de éstos es completamente característica de ellos. Los saduceos no constituían una facción judía muy grande. Eran aristocráticos y ricos. Incluían a la mayoría de los sacerdotes. El cargo de sumo sacerdote siempre lo ocupaba un saduceo. Podríamos referirnos a los saduceos como los modernistas del antiguo judaísmo. Los llamaríamos racionalistas. Marcos describe a los saduceos como los que dicen que no hay resurrección. En Hechos 23.8 se da testimonio de que «los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; pero [que] los fariseos afirman estas cosas». Así, los saduceos vinieron a plantearle a Cristo una pregunta necia acerca de una mujer que sobrevivió como esposa de siete hermanos. Todos se habían casado con ella de conformidad con la ley judía del matrimonio levirato, la cual estipulaba que si un hombre moría sin tener hijos, su hermano debía casarse con la viuda. La pregunta irrelevante e irreverente que los saduceos le plantearon a Cristo fue esta: «En la resurrección que dices que tendrá lugar algún día, ¿de cuál de ellos será ella mujer?». Uno puede percibir la burla y el desprecio que motivó la pregunta.

Note cómo les respondió Él:

Entonces respondiendo Jesús, les dijo: ¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios? Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos. Pero respecto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; así que vosotros mucho erráis (vers. <sup>os</sup> 24–27).

Jesús comenzó y terminó Su respuesta con la clara afirmación del error de ellos: «Erráis. Mucho erráis». Reconozco que me parece alentadora la franqueza con que habló. Jesús no felicitó a estos hombres como nosotros lo podríamos haber hecho, por hacer una valiosa pregunta de gran trascendencia religiosa. Estaban en un error, estaban completamente equivocados, y Cristo se los dijo. Luego agregó otra razón para el error de ellos. Erraban porque ignoraban dos grandes

verdades. No conocían las Escrituras, y no conocían el poder de Dios. La ignorancia de las Escrituras era la causa inmediata del error de ellos en cuanto a la resurrección, pero la causa fundamental y original del error de ellos era que ignoraban el poder de Dios.

La mayoría de los errores de la iglesia de hoy día, especialmente los que causan polémica innecesaria, casi siempre se deben a una ignorancia o a una falta de respeto por las Escrituras. Es sumamente significativo que en Su confrontación con los fariseos, así como con los saduceos, Cristo considerara las Escrituras como el árbitro final del debate y el máximo tribunal de apelaciones. Cuando venían a Él con una pregunta, frecuentemente les respondía con otra pregunta que los refería a las Escrituras. Así, cuando el joven rico preguntó acerca de la vida eterna, Jesús respondió: «¿Qué está escrito en la ley?». Cuando los fariseos indagaron sobre Sus puntos de vista acerca del divorcio, Su respuesta fue: «¿Qué os mandó Moisés?». Lo mismo sucedió aquí con los saduceos. Dijo en el versículo 26: «¿No habéis leído en el libro de Moisés [...]?». Los saduceos insistían en que en los primeros cinco libros de Moisés (la única parte del Antiguo Testamento que ellos aceptaban) no había prueba de la inmortalidad ni de la resurrección. Es de estos mismos libros de Moisés que Jesús sacó Su prueba. En Éxodo 3.6 Dios se llamó a Sí mismo el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, tres patriarcas que habían vivido y muerto muchos años atrás. Pero Dios habló en tiempo presente, el tiempo de la frase «Yo soy». El argumento de Jesús era que si Dios es Dios de estos patriarcas incluso, ello significa que todavía deben de estar vivos, pues un Dios viviente debe serlo de gente que vive, no de gente muerta. Si los patriarcas están vivos la resurrección queda probada. Los saduceos eran ignorantes, antes que todo, de las Escrituras.

La causa más fundamental del error de ellos era que ignoraban el poder de Dios. Parecían haber creído que su pregunta acerca del matrimonio levirato sería suficiente por sí sola para desacreditar la idea de la resurrección. Según ellos opinaban, los problemas que la otra vida creaba hacían que tal vida fuera inconcebible. Esperaban que el relato acerca de la mujer que tuvo siete maridos les diera la oportunidad de reírse de la doctrina. Uno se los imagina tratando de disimular sus risas. El problema era que todo el argumento de ellos descansaba sobre un supuesto erróneo: Si hay otra vida después de la presente, sería la misma clase de vida que existe hoy día sobre la tierra. Parece

que nunca se les ocurrió a los saduceos que Dios crearía otro orden de seres, una nueva y diferente vida, en la cual los problemas de la tierra serían resueltos.

Jesús dijo: «Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos». En otras palabras, en la otra vida habrá nuevos seres que vivirán una nueva vida bajo nuevas condiciones. Los seres humanos serán como los ángeles. Los mortales serán inmortales. Es como Pablo lo expresa, habrán sido resucitados incorruptibles (1<sup>era</sup> Corintios 15). Cuando la resurrección suceda y una persona vuelva a vivir, las antiguas leyes de la vida física ya dejarán de estar vigentes. Los encuentros físicos como el casarse y el darse en casamiento ya no tendrán relevancia. La vida venidera no puede ser imaginada en términos de esta vida del todo. Todo esto, esta nueva vida bajo nuevas condiciones, en una nueva era, será posible gracias al poder de Dios, un poder que los saduceos ignoraban.

Los saduceos tienen muchos sucesores, igual de astutos, pero igual de necios. El saduceo moderno es el materialista científico cuya visión de la realidad se limita a lo que puede percibir con sus cinco sentidos. Desecha todo lo que no pueda ser sentido, visto, tocado, manipulado ni saboreado. La locura de los hombres que desecharon las Escrituras consiste en que ellos se encierran en un estrecho ámbito de la vida cuyos límites están definidos por lo que pueden ver, percibir, pesar, medir y verificar por medio de sus propios sentidos. El hombre mismo se convierte, entonces, en la frontera de la vida.

Sea cual sea el campo de trabajo de uno —negocios, ciencia, religión, política, vida familiar— todo error de la vida puede atribuirse a uno de esos dos errores. O no conoce lo que un Dios viviente puede hacer, o no conoce lo que un Dios viviente sabe.

Esta es la debilidad mortal de lo que llamamos mente científica. El cristianismo auténtico es cristianismo sobrenatural. No es una ética dócil e inofensiva que consista en unos pocos principios morales adornados con una pizca de religión. Es la religión de la resurrección, una vida vivida por el poder de Dios, el poder que levantó a Cristo de entre los muertos, y que un día nos levantará a nosotros. Pablo dijo en Romanos 8.11: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a

Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros». En Efesios 3.20, dijo otra vez: «Ya Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros [...]».

## CONCLUSIÓN

Poder. ¿No es eso lo que su vida y la mía necesitan? Necesitamos poder para vencer la tentación, poder para hacerles frente a las dificultades de la vida, poder para mantenernos a flote cuando el mundo se viene abajo, poder para llegar a ser la clase de persona que Dios se propuso que fuéramos al crearnos. Tal poder es prometido a los que confían en Dios, aceptan lo que Él dice, obedecen el evangelio de Su Hijo, y se esfuerzan por vivir como Él manda. Es una idea asombrosa, pero es verdadera. ■

---

## ILUSTRACIONES

### *El enemigo*

Pogo, el personaje de la caricatura de Walt Kelly, dijo: «¡Hemos encontrado al enemigo, nosotros somos el enemigo!».

### *Mejorar el mundo*

«Al fin y al cabo, ¿para qué hizo Dios un mundo así?», se quejaba una joven, agregando: «Yo misma podría hacer un mundo mejor que este». «Esa es precisamente la razón —explicó un amigo— por la que Dios te puso en este mundo: para que lo hagas mejor. Ahora vete y haz la parte que te toca a ti».

### *¿Qué método usa usted?*

Un crítico se dirigió una vez a Charles Alexander y mordazmente dijo: «No me gusta su manera de hacer obra personal».

«¿Cómo la hace usted?», preguntó Alexander.

«Supongo que no es mucha la que hago», reconoció el crítico.

«Bueno, —respondió Alexander— me gusta más la manera como la *hago* yo, que la manera como *no la hace* usted».